

## Angel Rama: la carrera del crítico de fondo

JORGE RUFFINELLI

Veinte años atrás, Carlos Real de Azúa trazó con destreza el retrato de Angel Rama al presentarlo en su *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo*: "Atraído igualmente por la literatura y por el cálido, urgente vivir, desde los tiempos de *Clinamen* (1947), Angel Rama impuso en los medios de la nueva generación un estilo personal tejido por la multiplicidad de sus ambiciones creadoras, la laboriosidad casi inverosímil, el dinamismo torrencial, la curiosidad y vastedad de las lecturas, la viva atención por los contactos sociales y humanos que la literatura, inexorablemente, establece. Pero no es una textura monolítica la de Rama (¿cómo podría serlo una de su tipo?) y no parecen faltar en él los conflictos, los movimientos pendulares entre el entusiasmo y el reclamo de la estrictez, entre la pasión por la lucha social y la noción exigente de los fueros de la obra de arte, entre el reclamo axiológico espiritual y la horizontal, trepidante hospitalidad a toda experiencia". Y concluyendo un recorrido por la diversidad productiva de Rama, incluido el teatro en el que dejara al menos tres obras (*La inundación*, 1958; *Lucrecia*, 1959; *Queridos amigos*, 1961), la narrativa (*¡Oh, sombra puritana!*, 1951; *Tierra sin mapa*, 1961), la crítica teatral y ante todo la literaria, Real de Azúa se hacía eco de una frase elocuente aparecida alguna vez en el semanario *Marcha*: "Se sospecha que no duerme nunca".

Este retrato (del que he citado sólo un fragmento) se confirmó y amplió en las dos décadas siguientes sin que pudiera nunca desmentirse. Lo que en él faltó fue lo que esas dos décadas aportaron al perfil de Rama: la profundización y el perfeccionamiento de sus concepciones literarias, la experiencia internacional en la que destacó como pocos intelectuales de este siglo y que lo llevó a viajar y conocer de primera mano la realidad social, política y cultural de innumerables países, la amplificación de su conciencia americanista de la que es ejemplo notable la dirección literaria de la Biblioteca Ayacucho, y la propia obra crítica, aún en gran parte dispersa pero que él mismo había comenzado a recopilar orgánicamente en una serie de libros durante la década del setenta: 1972, *La*

generación crítica; 1975, *Salvador Garmendia y la narrativa informalista*; 1976, *Los gauchipolíticos rioplatenses y Los dictadores latinoamericanos*; 1982, *Transculturación narrativa de América Latina y La novela latinoamericana. Panoramas 1920-1980*; 1984, póstumo, *Literatura y clase social* y *La ciudad letrada\** (que aún no se publica), amén de varias antologías de Arguedas, de primeros cuentos de escritores latinoamericanos, de la nueva narrativa, de Rubén Darío, de la poesía gauchesca, y, claro está, su libro fundamentalmente sobre *Rubén Darío y el modernismo* (1970). Puede afirmarse sin lugar a duda que Angel Rama se encontraba en el ápice de su madurez intelectual, trabajando apasionadamente como siempre, preparado para dar grandes libros sobre la cultura de nuestra América, cuando el accidente aéreo de Barajas, el 26 de noviembre de 1983, clausuró su vida y por ende un itinerario intelectual que no había cumplido aún su ciclo natural.

Pocas veces una muerte habrá de ser tan lamentada. Habitados por visión histórica a ver el sucederse de las generaciones, conscientes de que la vida humana es, como todo ciclo biológico, perecedera, la desaparición de un hombre como Angel Rama resulta un derroche fatal de inteligencia y talento que la historia ni la naturaleza debería permitirse: su pérdida es ciertamente aciaga para la cultura latinoamericana. Jacques Leenhardt lo dice con términos exactos: "Angel Rama ha muerto, y en el fondo de mi corazón tengo el sentimiento certero de que América Latina ha perdido a uno de sus más preclaros hijos, a uno de sus patriotas, a uno de sus padres fundadores". Si es cierto que la mirada ajena, la mirada *otra* acierta a veces en lo que nuestros ojos acostumbrados no pueden ver o ven borrosamente, hay que subrayar la afirmación de Leenhardt pues no se trata ni de un ditirambo ni de una hipérbole, sino de algo mucho más sencillo e inmediato. Y es que a través de su ejercicio crítico, y en particular de su gran tesón reinterpretativo de la cultura Rama nos ha permitido apreciar de modo diferente, original, nuevo, el continente que habitamos y la cultura de que formamos parte. La vinculación que él siempre establecía entre historia, realidad presente y expresión artística, en vez de restringirse a un fenómeno literario, se amplió a la consideración del ser latinoamericano, a esta esencia o modalidad histórica que llamamos con dicho nombre. Esto se transformó en su perspectiva, en su campo operatorio, en su *tema*. Representó él mismo muy ilustrativamente lo que llamaba el modo de producción intelectual latinoamericano (a diferencia del modo de producción intelectual en Europa o en los Estados Unidos). abrazaba la circunstancia íntegra de la realidad americana en un imponderable esfuerzo y proyecto de pensar otra vez el continente. Es importante volver sobre este punto, porque él señaló como nadie antes una ruta en las antípodas de la espe-

\* Se acaba de publicar en una colección en su honor. Ediciones Norte.

cialización que se cultiva en la academia universitaria, y si bien en los últimos años enseñó en diversas universidades norteamericanas (Stanford, Princeton, en especial Maryland), nunca se desligó de esa necesidad por romper las fronteras que los estudiosos de la literatura se imponen a sí mismos, y apeló continuamente el conocimiento plural de la historia, la sociología, la psicología, los estudios del lenguaje y la antropología. Por eso, uno de sus últimos libros, *Transculturación narrativa de América Latina*, no sólo “emplea” las herramientas de la moderna antropología sino que elabora un nuevo sesgo de la crítica, inédito hasta entonces, para comprender ciertos fenómenos literarios localizados (Arguedas, la cultura andina), a través de la epistemología antropológica, sin la cual jamás habría llegado a sus conclusiones originales. Y esto no en virtud de una posible o verdadera multiplicidad de “intereses” intelectuales sino, ante todo, porque su cosmovisión exigía una integración interdisciplinaria, la única que pudiera permitirle una auténtica síntesis conceptual e histórica.

Creo que es a la luz de esta hipótesis donde se perfila con mayor luz el proyecto intelectual de Angel Rama y puedan valorarse mejor los frutos que había empezado a cosechar. Es aquí necesario un poco de historia, para ver, por ejemplo, su salto de la perspectiva nacional y universal, a la perspectiva americana. Como muchos otros intelectuales Rama descubrió en la década del sesenta la necesidad de trabajar la identidad latinoamericana, puso el énfasis en ella pero nunca dejó de ser universal. Coincidió sin duda con Carlos Fuentes cuando éste señalaba: “Nosotros tenemos que conocer a Quetzalcóatl y a Descartes. [Los europeos] creen que con Descartes es suficiente”. Real de Azúa, admirado por la vastedad de lecturas de Rama, decía en la presentación ya referida: “Debe ser Rama, dueño de una sólida nutrición europea, uno de los pocos críticos de lengua española capaz de escribir una página solvente sobre figuras ilustres pero un poco marginadas, del tipo de Apollinaire, Valéry-Larbaud, Bomtempelli o Charles-Louis Phillipe”. No sólo era capaz, lo había ya hecho en las páginas de *Marcha*, cuya sección literaria dirigió admirablemente entre 1958 y 1968, y donde continuó escribiendo hasta la desaparición del semanario, desplegando su eficaz capacidad crítica en artículos cuya índole de “periodismo cultural” no disminuye su valor, su rigor, su erudición, su *savoir écrire*, las más de las veces superior a los serios estudios académicos que le lleva meses preparar al común de los mortales. Algún día habrá que recoger en libro las mejores de aquellas notas y artículos y así podrá apreciarse el valor de una escritura que fue fundacional para el descubrimiento y valoración de la literatura hispanoamericana.

Precisamente en las páginas de *Marcha*, y desde luego, en muchas revistas del continente americano, Angel Rama se hizo sagaz y veloz pionero de nuestras letras. Aunque su formación fuese europeísta (como lo era por natural carta de ciudadanía, la rioplatense) Rama inició en los

comienzos de la década del sesenta la afirmación de la cultura hispanoamericana. Ya se ha dicho más de una vez: el famoso *boom* de la novela no fue un "comienzo", sino que redescubrió obras tan importantes como las de Lezama Lima, Onetti, Marechal, Carpentier y Cortázar y junto a ellas la poderosa cuentística de Borges. Rama, como pocos, comenzó a sistematizar el análisis crítico de toda esta literatura, atendiendo con lucidez interpretativa a su propio presente (Vargas Llosa, García Márquez, Fuentes). Esta lectura americana y americanista estaba imbricada en el fenómeno político más importante en el despertar de nuestra conciencia continental: la Revolución Cubana, y ante todo, para un uruguayo, esto que llamó "La lección intelectual de *Marcha*". No por azar Rama estuvo durante toda esa década a la cabeza de una concepción que vinculaba la expresión literaria con la historia política del continente. Fue consecuente con sus ideas y en este sentido formó parte del consejo de colaboración de *Casa de las Américas*, participó como jurado en concursos de *Casa*, propuso nuevos géneros como el de testimonio (tal como lo narra en su ensayo sobre Rodolfo Walsh), y si luego sus relaciones con la dirigencia cultural cubana se enfriaron, fue por un indeclinable principio del derecho a la crítica dentro de la revolución y como expresión de la Revolución misma.

Hasta 1968, Rama mantuvo una constante y laboriosa actitud en su propio país, alternándola con numerosos viajes por América Latina. Ya en esos años era un excelente editor: después de dirigir una colección literaria en la recién surgida Alfa, estableció su propia editorial, Arca, en la que comenzó a publicar en los mejores tiempos a un ritmo de dos libros semanales, aparte la "Enciclopedia Uruguaya", todo lo cual resultaba una producción increíble en un país de escasos tres millones de habitantes. Pero en lo personal su actitud era febril si se considera que al mismo tiempo dirigía el Departamento de Literatura Hispanoamericana de la Universidad del Uruguay, daba allí clases y era además profesor de Historia del Teatro en el Conservatorio y profesor de literatura General en la Preparatoria, crítico teatral en el diario *Acción*, Jefe de la sección literaria de *Marcha* y director de Arca y Editores Reunidos (Enciclopedia). Con observaciones no exentas de humor reconoce esa excesiva actividad en un cálido artículo que da cuenta de su vinculación con *Marcha*. "Por esa época el sistema de muñecas chinas unas dentro de otras que es la norma del trabajo de los intelectuales en los países subdesarrollados había llegado a su delirio". Más importante es citarlo cuando en el mismo texto se propone definir su papel en la crítica literaria de *Marcha* entre 1958 y 1968:

*Si tuviera que caracterizar esos diez años de mi dirección literaria, diría que a diferencia del período que ocupó Rodríguez Monegal haciendo de la sección una sucursal de la revista Sur y de su deslum-*

*bramiento respecto de las letras anglosajonas, busqué desarrollar una perspectiva cultural latinoamericana, situando a su gran literatura en los marcos sociales e ideológicos que le conferían su fuerza original. Como es sabido, la Historia escribe con nuestra mano, y el año 1958 en que ingresé a Marcha fue el de la caída de las dictaduras (en Colombia, en Venezuela, poco después del fracaso peronista, poco antes del derrumbe de Batista) y el de una intensa remoción continental en que se inscribirían muchos episodios infaustos pero asimismo una expectativa multitudinaria de renovación a la cual debimos el repentino auge de la narrativa latinoamericana, eso que después pasó a llamarse pobremente el "boom".*

Más adelante, en la década del setenta, Rama era ya un viajero impenitente y había accedido a una celebridad internacional gracias a su vibrante participación en los foros literarios y a sus tareas docentes en diversos países latinoamericanos: de alguna manera esto sellaba su alejamiento del país, el cual se hizo definitivo en 1973 cuando el golpe de estado forzó al exilio a quienes habían mantenido posiciones progresistas. Poco después, como muchos otros, Rama vio caducado su pasaporte, prohibida su renovación, e hizo lo que estaba al alcance: aceptar la nacionalidad venezolana. Si las dictaduras nos quieren desterrados y exiliados, fijos, inmóviles en un punto del planeta (ni siquiera la dictadura de Pinochet llegó al grado de la uruguayaya en el sentido de desproteger a sus ciudadanos desperdigados en el mundo), la réplica adecuada consistía en acogerse a la hospitalidad de los países democráticos y continuar desde allí la tarea de remoción y denuncia. Rama escribió notables ensayos sobre la situación de una cultura exiliada y continuó su tarea docente; en Venezuela fue profesor en la Universidad Central, pero ante todo, co-director de la revista *Escritura* (con Rafael Di Prisco) y director literario y principal impulsor de la Biblioteca Ayacucho, sin duda la empresa más importante de recopilación y publicación de lo mejor del pensamiento y la literatura de América Latina.

Creo que su labor al frente de la Biblioteca Ayacucho, de la que se sentía legítimamente orgulloso, tenía que ver implícita e íntimamente, con su propio proyecto intelectual. Esos años de trabajo sobre el repositorio cultural de nuestra América fueron de un significativo provecho personal por la lectura riquísima de las obras del pasado. No olvidemos (él no lo olvidó nunca) que en nuestros países balcanizados no existe una sola biblioteca que asemeje a la Ayacucho en disponer de *todas* nuestras obras; bien sabido es que las mejores bibliotecas latinoamericanas se encuentran en los Estados Unidos y que la incuria por lo propio es regla común de las instituciones latinoamericanas. Así, los últimos años que Rama vivió en Maryland (aunque residiendo en Washington D. C.) fueron motivados

por el magnético atractivo de la Biblioteca del Congreso, donde trabajó apasionadamente en particular durante los dos años de su beca en el Wilson Center del Smithsonian Institute. A diferencia del culto borgiano por las bibliotecas *per se*, el de Rama era absolutamente utilitario: nunca pretendió la erudición pura, que es un solemne vicio de la academia, pero apreciaba como el que más la presencia de una biblioteca rica, suficiente, que le auxiliara en la inmensa tarea.

Quiero insistir en esto último, porque desgraciadamente la muerte le impidió llevarlo a cabo. Rama vislumbraba la necesidad de pensar con cabeza propia, asistido por un profundo conocimiento interdisciplinario de la realidad y la historia de América Latina, la condición misma de esta cultura a través de sus vehículos más nobles, el literario y el artístico. Verdaderamente obsesionado por la tarea, de pronto se sumió en el estudio del mundo novohispano donde se encuentran ciertamente muchas raíces de nuestra identidad cultural. Su tan viva sensibilidad ante la literatura más reciente y fresca, su apoyo decidido como crítico a la valoración de la "nueva" y de la "novísima" literatura, es decir su atención siempre puesta en la aparición de nuevas obras y escritores, nunca lo alejó del estudio de la literatura del pasado. Prueba de ello son sus estudios sobre la poesía gauchesca (*Los gauchipolíticos rioplatenses*, por ejemplo, que reúne antiguos ensayos), o sobre el modernismo como período que implantó la contemporaneidad en nuestra literatura. Pero el abrazo intelectual tenía que ir más atrás: de ahí que Rama estuviese trabajando con enorme probidad en la literatura novohispana, y que al mismo tiempo preparara penetrantes revisiones de la nueva narrativa. Sabía que el presente y el pasado se dan simultáneamente en América Latina.

Decir que Angel Rama fue un sociólogo de la literatura resulta una reducción al par que una falsedad. Acaso las categorías heredadas de la crítica europea y norteamericana no se avienen exactamente ni a nuestra época ni a las condiciones de nuestro trabajo intelectual, pese a que no podamos negar el valor de esa herencia ni su aporte intelectual. Precisamente esta era una de las líneas de investigación de Rama: determinar la pertinencia de metodologías recibidas, en el estudio de nuestros fenómenos literarios y artísticos, pero propio de nuestro peculiar modo de producción intelectual, para cumplir esa investigación había que valerse de las propias metodologías existentes probándolas, revisándolas, apelando a ellas de manera pragmática y lúcida. No es de extrañar, entonces, que como estudioso de amplio registro, Rama fuera dúctil en el manejo de sus herramientas metodológicas y en el procesamiento teórico; como tampoco es de extrañarse que continuamente revisara los fundamentos de una y de otra, de la teoría y de la metodología, empleándolas cuando era menester. La vinculación literatura-sociedad no es patrimonio exclusivo de una sociología atenta a los "contenidos" manifiestos de la obra de arte; al contrario, esa

vinculación ha de encontrarse en todo momento y en todos los estratos de la obra, básicamente en el lingüístico. De ahí que sus estudios sobre el modernismo utilizaran el rico material testimonial e histórico (diarios, cartas, documentos) sin olvidar el análisis estricto de la forma poética, o que uno de sus trabajos recientes (1980) fuera precisamente una "Indagación de la ideología en la poesía" haciendo uso de sus conocimientos de métrica, ritmo, fonética en las estructuras de la poesía. No se llame a esta múltiple facultad eclecticismo porque el eclecticismo es precisamente una indiferencia metodológica, y en cambio todas las diferentes modulaciones que encontraba Rama en el material crítico llevaban siempre a un mismo fin, tenían un preciso objetivo. Esto podría definirse, en cambio, como el rigor en la búsqueda de nuevos acercamientos, de nuevas posibilidades metodológicas acordes con una nueva literatura.

Es condición de nuestro trabajo crítico, como lo hacía Rama, revisar sistemáticamente los postulados, y removerlos si fuese necesario. De ahí que la lectura de su último libro, *Literatura y clase social* (1984) que él no llegó a ver impreso, confirme la existencia de ese tema constante que planea por sobre todos sus ensayos, en particular los de su última década y media de producción: me refiero, concretamente, a una suerte de investigación de los modos y condiciones de producción literaria, que los historiadores ingenuamente oscurecen bajo la visión del flujo continuo de una tradición. Rama intentó encontrar los diferentes movimientos de la producción literaria latinoamericana revisando las "rupturas" en esa tradición. De ahí que señalara, al inicio de su libro:

*Se puede construir el discurso crítico de una determinada literatura, en este caso el de la latinoamericana, atendiendo al "proceso", o a las "grandes corrientes", o, simplemente, a la "historia", como han hecho algunos maestros de la crítica. Pero también se lo puede construir mediante las "rupturas", siempre y cuando no se las vea como fenómenos inmanentes de la invención estética moderna, tal como las ha visualizado Paz, en la descendencia vanguardista, sino como el registro de una fractura producida en un cuerpo cultural que, por serlo, es una estructura coherente. La corroboración de tal fractura se encontrará por el cotejo entre la serie literaria (específica y autónoma) y las restantes series culturales: tanto las intelectuales que utilizan el idioma (filosofía, historiografía, jurisprudencia, política doctrinal, periodismo, etcétera) como las artísticas (pintura, música, teatro, etcétera) o las plurales que componen el repertorio de cualquier cultura (costumbres, relaciones sociales, hábitos alimenticios, creencias religiosas, comportamientos morales, políticos, etcétera).*

Este desbrozamiento teórico es imprescindible si se intenta comprender los alcances y formas del proyecto crítico-cultural de Rama, y es ní-

tido como sólo podría serlo en una mente sistemática que no se arredra ante las dificultades de su materia. No resultan, por momentos, tan nítidos sus mismos estudios, y un libro como *Transculturación narrativa de América Latina* es forzosamente complejo, de difícil lectura, ya que la propia empresa encuentra con frecuencia grandes escollos. Esa dificultad que a veces tienen las páginas de Rama me recuerda a Walter Benjamín quien, estoy seguro, fue uno de sus altos modelos a partir de la escritura de *Rubén Darío y el modernismo*. Una cosa es manejar herramientas probadas y seguir el trillo de análisis tradicionales (estilísticos, sociológicos, etc.), otra muy diferente es innovar tanto los recursos como la perspectiva de análisis. Rama perteneció siempre a esta segunda línea de trabajo pese a que fuese más laboriosa y complicada. Como Benjamín, sin embargo, lo que he llamado momentánea complejidad tiene el premio de las súbitas iluminaciones, esos hallazgos portentosos que sólo el pensamiento riguroso y aventurado puede lograr en las más difíciles condiciones.

Junto a esos momentos del análisis complejo, hay todo un discurso crítico fascinante por la elocuencia, la rapidez y pertinencia del pensamiento y el ejercicio de la palabra. Lo encuentro en particular allí donde el mordiente de la polémica extrae del intelectual los mejores recursos de convicción. Sea cuando encuentra un nuevo modo de "leer" el modernismo una vez que parecía todo dicho, sea cuando encuentra nuevos géneros (el testimonio en la literatura argentina), sea cuando discute las vicisitudes del escritor en la Revolución, sea cuando hay que reflexionar sobre la "riesgosa navegación del escritor exiliado". Creo que muy en el fondo de la formación intelectual de Rama había la tradición de los grandes oradores, de la *eloquentia* que se goza en sí misma y en su incisivo ademán de pugna. Como crítico literario, Rama participó en la querrela de los "antiguos" y "modernos" con una acérrima defensa de los últimos sin olvidar los valores del pasado. Propugnador de lo nuevo, de lo naciente, de lo azaroso, era un propugnador del futuro; podría utilizarse para caracterizársele el epíteto con que nombró a Cortázar en uno de sus ensayos: "Constructor del futuro". En ese sentido, cuando se lea seriamente su obra, cuando se revisen sus aportes a nuestra cultura y a nuestra visión de la cultura, podrá advertirse y valorarse esa fuerza como una originalidad superior de su trabajo.

\* \* \*

José Emilio Pacheco destaca, entre otros, estos dos rasgos de Rama en un artículo reciente: "En clase fue el profesor más brillante y lúcido que recuerdan todos los que tuvieron ocasión de escucharlo. Como cronista y crítico literario fue de quienes hicieron del uruguayo el mejor periodismo de su momento en lengua española". Y Alvaro Barros-Lemez, fiel

discípulo siempre, avala los dos rasgos al señalar, por un lado, que "Rama, como los publicistas del siglo XIX, era un hombre de prensa. Diarios y revistas fueron su vehículo principal de comunicación masiva" y por otro, al poner el énfasis en el hecho de que fuese, "por sobre todas las cosas, un maestro". Ante el hecho brutal e inevitable de su muerte, quienes escribimos sobre Angel Rama sentimos la necesidad de dejar constancia de sus rasgos extraordinarios, y el haberlo conocido en clase nos obliga a recordar la brillantez, la elocuencia, su velocidad y amplitud de pensamiento y erudición, todo eso que la persona se llevó consigo. Creo que fue esa conjunción de elementos, encanto personal, absoluta brillantez expositiva, poderosa presencia como catalizador de movimientos culturales, conocimiento profundo de múltiples materias, agudeza interpretativa, vitalidad, empuje y pasión por la literatura (elementos que a su vez él admiraba en escritores como Carlos Fuentes) los que hicieron de la suya una figura impar, inmensamente respetada en los lugares por los que transitara. Sin embargo, nada de esto le ahorró, en los dos últimos años de su vida, lo que Benedetti calificó bien como la "desigual batalla" librada contra la administración Reagan, combate que lo hizo célebre por el apoyo de innumerables universidades y escritores, por el periodismo norteamericano (ante todo el *Washington Post*) y que incluso movilizó a presidentes (Belisario Betancur frente a Ronald Reagan). La virtual expulsión de los Estados Unidos bajo cargos secretos que Inmigración ni siquiera se atrevió a clarificar, la defensa combativa de su propio caso que tan significativamente narró en un artículo titulado "212 (d) (3) (A) (28): CATCH28", fue su último combate. Había encontrado en París un nuevo ámbito para el trabajo intelectual y se aprestaba a comenzar cursos en la Ecole Pratique de Hautes Etudes, y a culminar su libro sobre *La ciudad letrada* cuando la muerte interrumpió su fecunda carrera de crítico de fondo, uno de los mayores que ha dado nuestra cultura.

(FUENTES: los libros más importantes de Rama son *La generación crítica*, Montevideo, 1972; *Rubén Darío y el modernismo*, Caracas, 1970; *Los gauchipolíticos rioplatenses*, Buenos Aires, 1976 y 1982; *Los dictadores latinoamericanos*, México, 1976; *Transcultura narrativa en América Latina*, 1982; *La novela latinoamericana. Panoramas 1920-1980*. Bogotá, 1982; *Literatura y clase social*, México, 1984. Carlos Real de Azúa: *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo*, tomo II, Montevideo, 1964; José Emilio Pacheco: "La generación crítica", *Proceso* 374, 2 de enero de 1984; Alvaro Barros-Lemez: "Bibliografía sumaria. Angel Rama 1926-1983", Maryland, 1984; Mario Benedetti: "Rama y la arriesgada navegación", México, *Uno más Uno*, 1984; Jacques Leenhardt: "La tarea crítica en América Latina", *Cuadernos de Marcha* 25, enero/febrero 1984; Angel Rama: "La lección intelectual de *Marcha*", *Cuadernos de Marcha* 19, mayo-junio de 1982; "212 (d) (3) (A) (28): CATCH 28", *Quimera* 26, diciembre, 1982).